

CARLOS MATEO BALMELLI

La pasión de
Lucrecia



SUMA

CARLOS MATEO BALMELLI

*La pasión de
Lucrecia*



Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1. Stroessner y su adlátere](#)

[Capítulo 2. El debut](#)

[Capítulo 3. Reminiscencia de los adoctrinadores](#)

[Capítulo 4. El encuentro](#)

[Capítulo 5. El primer beso](#)

[Capítulo 6. La plenitud de una esperanza](#)

[Capítulo 7. El engaño ideológico](#)

[Capítulo 8. Promesas de amor](#)

[Capítulo 9. Una familia feliz](#)

[Capítulo 10. Conociendo a la familia política](#)

[Capítulo 11. El indescifrable Baltasar](#)

[Capítulo 12. Buscando un cómplice](#)

[Capítulo 13. El nido de amor](#)

[Capítulo 14. El obsequio](#)

[Capítulo 15. Instantáneas del presente](#)

[Capítulo 16. Cambio de planes](#)

[Capítulo 17. El final de la dinastía](#)

[Capítulo 18. Los días previos](#)

[Capítulo 19. El atentado](#)

[Capítulo 20. Buscando a los culpables](#)

[Capítulo 21. Primeros avances](#)

[Capítulo 22. Un chivo expiatorio](#)

[Capítulo 23. Una testigo clave](#)

[Capítulo 24. Una carta para Lucrecia](#)

[Capítulo 25. La verdad sale a la luz](#)

[Capítulo 26. La captura](#)

[Capítulo 27. Rindiendo cuentas](#)

[Capítulo 28. Malas noticias](#)

[Capítulo 29. Palabras desde el más allá](#)

[Capítulo 30. La amarga espera porteña](#)

[Capítulo 31. Vientos de cambio](#)

[Capítulo 32. Enrejada en la jaula de oro](#)

[Capítulo 33. Nace una esperanza](#)

[Capítulo 34. Toda la verdad](#)

[Capítulo 35. La convivencia](#)

[Capítulo 36. Buscando en el fango](#)

[Capítulo 37. La nueva democracia](#)

[Capítulo 38. El testamento](#)

[Capítulo 39. Décadas de búsqueda que llegan a su fin](#)

[Capítulo 40. Fernando Álvarez de Olea y Carvajal](#)

[Capítulo 41. El viaje a España](#)

[Capítulo 42. La realización de los sueños](#)

[Capítulo 43. El destino marcado](#)

[Notas](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

A Sebastián y Camila, para que sientan en toda su extensión el dolor y la felicidad que acarrea el vivir.

AGRADECIMIENTOS

A Juan Manuel Marcos, cuyos consejos me permitieron novelar esta historia, a Fernando Carvallo, quien me animó a escribirla, a Adriana Gianni por sus sugerencias y a Camila Mateo por acompañarme en esta aventura.

No pongas grandes esperanzas en la breve vida.
Horacio

La posteridad contempla todo de perfil.
Gustave Flaubert

*La vida es una sombra tan solo... Es la historia contada por
un necio, llena de ruido y furia, que nada significa.*
William Shakespeare

Empecé a escribir esta novela sin el designio de brindar un relato fehaciente de los acontecimientos que narra. El texto en manos del lector es la descripción de una realidad que apela a la ficción para contar episodios con fechas reales, hechos que no fueron inventados y secuelas que tienen garantizada su perdurabilidad.

Esta novela está poblada de personajes reales y ficticios. He intentado recrearlos y ofrecer así a los lectores una representación del mundo en el que se desarrolla la trama.

Pretendo, sobre la base de diálogos y monólogos interiores, contar la historia desde dentro, ya que los historiadores la han contado desde fuera.

El escrito orbita alrededor de la realidad pura y dura, acogiéndose a los beneficios de la libertad de fabular.

Carlos Mateo Balmelli
Asunción, 16 de marzo de 2013

CAPÍTULO 1

Stroessner y su adlátere

SABE MANDAR QUIEN ORDENA CON EL SILENCIO. La grandeza histórica de los hombres no solo reside en la pasión e inspiración que despiertan, sino también en la capacidad que tienen para traducir en hechos sus voluntades.

Como todas las mañanas, el General-presidente madrugó para recibir el parte diario, un registro de los incidentes del día anterior, una radiografía del quehacer político de los amigos y los enemigos. La conciencia de su singularidad le permitía dar ciertas licencias a los demás, de ahí que en los últimos años facilitó que creciera la imagen pública del ministro del Interior, el doctor Octavio González, quien haría entrega del partes esa mañana.

En su entorno, todos sabían que el general Stroessner tenía las manías propias de quienes son conscientes de la inmensa cantidad de poder que concentran, pero que a pesar de ello en contadas ocasiones actuaba a su libre albedrío, pues siempre disimuló su inmenso poder evitando jactarse de su uso discrecional.

Quienes conocían sus caprichos, como el Ministro, sabían que antes de mencionar a los innumerables debían pronunciarse una serie de adjetivos descalificativos. La más arriesgada de las intrigas, de la cual había que hacer uso con prudencia para no desgastarla y con sutileza para conservar su eficacia, consistía en etiquetar la tibieza de los que conformaban el entorno en términos como: «Ese tipo, mi General, está pensando en la sucesión y por eso conversa hasta con sus enemigos». Este era el argumento de mayor fus-

te para los que competían con él por estar más cerca del centro de poder, y con intrigas de ese filo, eliminar a sus contendores.

El Ministro, ducho en materia de ascenso político y social, comprendía el papel político que le tocaba desempeñar, y le venía como anillo al dedo. Por fin contaba con la posibilidad de mostrar sus dotes, virtudes adquiridas mediante la autosuperación, que hasta la fecha no había podido poner en práctica en su totalidad. Él estaba convencido de la entrega generosa de su actuación, todo lo hacía para servir a «la causa». Era además una manera de ser fiel simultáneamente a su ambición y al «salvador de la patria».

Unos pocos que integraban la facción de los blandos presumían que se trataba de ir preparando la sucesión o presentar para el próximo periodo constitucional de 1983-1988 a un candidato civil y que Stroessner conservara la comandancia de las Fuerzas Armadas. Para otros, que conformaban la coalición gubernamental y querían pescar en río revuelto, la postrimería del invierno de 1979 era la época propicia para, sin precipitaciones, ir cavilando en prospectiva una salida institucional compatible con la nueva política hemisférica de la potencia del norte.

Para mantener la cercanía y un grado mínimo de intimidad con el General se debían conocer los patrones de comportamiento que le agradaban y, por sobre todas las cosas, saber interpretar sus silencios.

El Ministro había descubierto ya que el conductor de los destinos de la Nación mantenía siempre la compostura en cualquier frente, y se dejaba retratar en las retinas de los demás con la imagen del hombre inalterable que no perdía su sentido paternal y que, por lo demás, tenía siempre presente la máxima de que conducir a un pueblo era una acción tuitiva que debía precautelarse de cualquier abuso de los subalternos. Nadie recuerda haber visto a Stroessner actuando altaneramente o perdiendo los estribos, sus apariciones en público respondían a patrones de comportamiento rígidos. Mandar era ordenar de manera nítida, precisa y circunspecta. No había nada que agregar, la voz de mando

de los militares era para los cuarteles y los gestos histriónicos expresaban la impotencia de aquellos cuyas órdenes no eran cumplidas.

Estaba claro que la condición de colaborador y consejero incondicional se ganaba cuando se recomendaba apretar las tuercas y se explicitaba la intención de ejecutar por propias manos la reprimenda necesaria para corregir la conducta desviada de los desertores o de los díscolos.

El Ministro se transformó en el «pico de oro» del oficialismo gracias a su versatilidad para pasar sin trastabillar de la lengua vernácula a la otra, para inventar argumentos falaces que legitimaran las acciones del Gobierno utilizando su labia sin aparentes contradicciones lógicas, por su capacidad de explayar su elocuencia de fácil halago para justificar cínicamente aquello de lo que él descreía. Todo eso lo hizo merecedor de la confianza y de la admiración del General-presidente.

Aparte de su pertinente y ejemplar actuación en los sucesos represivos de 1976, en los que demostró su mano dura, lo que más impresionó al Rubio fue la participación del Ministro en la ingeniería jurídica de la reforma constitucional de 1977, que consagró la posibilidad de la reelección. En el texto original de la Constitución de 1967, el titular del poder ejecutivo solo podía ser reelecto por un periodo más, ya sea en forma consecutiva o alternada. Con la reforma de 1977 se suprimió esta restricción y se estableció la reelección ilimitada del titular del poder ejecutivo. En esa oportunidad el Ministro sobresalió como un gran jurisconsulto, un mistagogo, un enciclopedista, un sofista griego y un tribuno romano.

La reforma de la carta magna era el atajo institucional trazado en el inexorable andar por los caminos que conducían a la consagración de la presidencia vitalicia. Este proceso de reforma constitucional no fue precedido por ningún debate público, se impuso el monólogo oficialista. El zorro del Único Líder sabía que en el campo de batalla de la política no toda victoria autorizaba a que los derrotados pasaran por las horcas caudinas. En el enfrentamiento militar se po-

día pensar en eliminar al enemigo; sin embargo, en la política el punto era más complejo. En ella tenía validez la sentencia de Unamuno: «Vencer no es convencer». Más de dos décadas de gobierno fueron la escuela que lo ayudó a discernir qué cosa era compatible o incompatible con la buena gobernanza, que descartaba la posibilidad del ejercicio del poder sin credibilidad.

El poder unipersonal era impúdico, no se ruborizaba. La legitimidad del orden político no emanaba del cumplimiento del derecho ni de la vigencia de las instituciones, que pasaban a convertirse en formas jurídicas sin contenido. Al contrario, la supremacía del régimen personalista venía de y prevalecía por las cualidades sobrehumanas del líder, que no reconocía ninguna barrera que lo contuviera o limitara su voluntad. Su determinación se convertía en la fuerza hacedora de hechos de la parafernalia estatal.

En aquel entonces el Ministro sabía lo que estaba en juego y lo que él arriesgaba. El empeño de su lucha por labrar su porvenir era más claro que la luz diurna.

El General-presidente se empecinaba, en igual medida, por lo grande y lo menudo que hay en la tarea de gobernar. Presumía que la deliberación era un atributo babélico que sumergía lo trascendente en una retórica vacía y ampulosa. Sabía invocar las urgencias históricas que movilizaban al pueblo y daban por sentado que su voluntad personificaba el valor supremo de la Nación. Era porfiado y suspicaz. Cuando ciertas personas que no le caían en gracia se le acercaban, expresaba su enfado poniendo un rostro adusto y gesticulando con movimientos parsimoniosos, que, sin decir una palabra, lo decían todo.

La psicología del General-presidente podía semejarse a la de los hombres educados para servir y servirse del Estado. Era un hombre que moderaba sus pasiones, un conservador, un fanático de la felicidad individual, carente de sensibilidad moral y con ímpetu expansivo de mando. Le fastidiaba recibir recomendaciones, lo que engrandecía su condición de degustador de halagos.

En el fondo, su relación con los demás solo le importaba para satisfacer sus fines y deseos. Como todo patriarca autoritario, no demostraba vida interior; era un genio de la buena administración vital. En su micro vida diaria, contabilizaba sus goces y penas; era un personaje egoísta, encerrado en sí mismo pero feliz en el aislamiento del poder: la única soledad que él mismo había escogido.

Aunque prefería ayudantes eunucos en sus pretensiones políticas, no quería en su cercanía personas gélidas que respondieran a sus interrogantes con monosílabos o con gestos que expresaran la frialdad de los que actúan forzados por las circunstancias y no llevados por las convicciones. Constantemente despachaba cuestiones públicas a través de pláticas con los secretarios de cada cartera y se mal disponía contra un ministro en el momento en que este, con una actitud glacial, demostraba escasa capacidad para la concentración o desconocimiento de los temas atinentes al Estado.

De tanto en tanto, pormenorizaba con sus funcionarios temas de la agenda de su cartera hasta pasar revista a los últimos detalles. Si después de escuchar las respuestas concluía que se trataba de un colaborador displicente al que trabajar le exigía un esfuerzo humano superior, le llamaba la atención o lo castigaba alejándolo de su lado.

Cuando inquiría sobre alguna cuestión y la respuesta era evasiva, incierta o silenciosa, deducía que la falta de locuacidad enmascaraba una personalidad astuta y sagaz; que se trataba de un rufián con inclinación a proceder sin escrúpulos hasta llegar al engaño o la traición. Ni bien encontraba algún indicio que pudiera conducir a descubrir una felonía o falacia del sospechado, este caía en desgracia, y la misma suerte corría su familia.

Desde su lógica de la verticalidad autoritaria, le resultaba inentendible que el poder pudiera estar al alcance de los que no poseyesen trayectoria y calificación. Su razonamiento no aceptaba que existiesen y funcionasen, por lo menos para esta parte del mundo de tradición indoespañola y católica, formas de gobierno anglosajonas según las cuales el

poder más alto fuera accesible al vulgo. De acuerdo a su esquema despótico, esto terminaba corrompiendo a las masas, que, de por sí, no tenían derecho a incidir en el destino de la Nación. Para reaccionar en contra de esas situaciones, las Fuerzas Armadas patriotas, obedientes y cohesionadas tenían que estar preparadas y adoctrinadas. Y si la coyuntura se extremaba y así lo exigía, debían salir de sus cuarteles para contener la furia del populacho.

Los rasgos físicos del General-presidente no eran comunes en Paraguay. Hijo de padre alemán y madre paraguaya, su fisonomía delataba su ascendencia germana. Su estatura superaba la media de los hombres y con más de 1,80 lucía un porte erguido. Su vestimenta cotidiana consistía en el uniforme militar o trajes oscuros. Pocas veces fue fotografiado vistiendo ropa informal. A causa de sus peculiaridades físicas, su figura blanquecina y su blonda cabellera, siempre arreglada como la de un integrante de rango superior del cuerpo castrense, la sociedad, mayoritariamente mestiza, lo apodó «el Rubio».

Nunca tuvo un comportamiento extrovertido que lo arrastrase a una sobreexposición mediática; invariablemente prestaba atención a no proyectar la imagen de estar absorto en una idea.

A diario construía y robustecía el perfil de una personalidad recia y concentrada en los quehaceres gubernamentales; sin embargo, no despreciaba lo sensual y superfluo en el vivir. De ahí que no agotara toda su vitalidad en la solución de los problemas nacionales. Si bien es cierto que era considerado «el padre de la patria», «el primer trabajador», «el conductor de la segunda reconstrucción nacional», siempre le sobraba tiempo para una partida de naipes, una jornada de pesca, una escapada al estadio de fútbol o para amanecer en los brazos de una querida.

A pesar de sus flaquezas y su inclinación por ciertas diversiones «demasiado humanas», los primeros que debían estar convencidos de su condición de estadista a carta cabal eran sus más cercanos. La perorata de los próximos debía orientarse a reverenciar sus virtudes de austeridad, de

don de mando, de dedicación al trabajo y de espíritu patriótico.

A Stroessner, los años ininterrumpidos en el ejercicio del poder le permitieron adquirir destrezas y habilidades para manejar los tiempos y los misterios que rodean a quien gobierna por mandato indelegable de la historia. Su inteligencia ladina y su desconfianza hacia la condición humana lo convencieron de que las tropelías cometidas discrecionalmente por los detentadores del poder después de trascurrido un tiempo eran aceptadas y legitimadas como hábitos de la idiosincrasia nacional. En repetidas ocasiones se le escuchó decir: «La colectividad decidida a encontrarse a sí misma y a desenterrar el ser nacional que llevamos en las entrañas está llamada a resistir las influencias liberalizantes que corrompen el alma de la nación». Hacer apología en favor de lo telúrico en sus formas de amor al terruño y de reivindicación de la tradición militarista en detrimento de los principios morales constituía el parapeto para impedir el desembarco de ideas foráneas.

El saber empírico, ganado en el trato con los subordinados, le permitió comprender que la estabilidad y continuidad de los gobiernos unipersonales de rasgos y vocación nacionalistas residían en el éxito obtenido en el encanallamiento del pueblo, que aceptaba como vigentes y válidos tanto los atropellos a la ley como el latrocinio que volvía cómplices a tirios y troyanos. En la eterna disputa entre el hecho y el derecho, el primero tenía que salir victorioso; esto significaba imponer la fuerza sobre la normatividad. En vista de que resultaba imposible convertir en sana convivencia aquello que estaba mutilado de ética, había que poner los esfuerzos en que la sociedad se familiarizase y se compenetrara con lo indebido y criminal. La pasividad de los «ciudadanos» se expresaba en una actitud apática, mirona e inmutable. El mérito del buen gobernante residía en que el pueblo sobrelleva como normal lo que moralmente abochornaba.

El Ministro del Interior se granjeó la confianza del Rubio durante la represión de 1976, en la que demostró decisión